

Filosofía con/para niños en la tierra de Macondo

Diego Antonio Pineda R.^(*)

José Arcadio Buendía tomó al pie de la letra las palabras de su mujer. Miró a través de la ventana y vio a los dos niños descalzos en la huerta soleada, y tuvo la impresión de que solo en aquel instante habían empezado a existir [...]. Algo ocurrió entonces en su interior; algo misterioso y definitivo que lo desarraigó de su tiempo actual y lo llevó a la deriva por una región inexplorada de los recuerdos. [...] permaneció contemplando a los niños con mirada absorta hasta que los ojos se le humedecieron y se los secó con el dorso de la mano, y exhaló un hondo suspiro de resignación.

- Bueno -dijo-. Diles que vengan a ayudarme a sacar las cosas de los cajones. [...]

Pero, desde la tarde en que llamó a los niños para que lo ayudaran a desempacar las cosas del laboratorio, les dedicó sus horas mejores. En el cuartito apartado, cuyas paredes se fueron llenando poco a poco de mapas inverosímiles y gráficos fabulosos, les enseñó a leer y escribir y a sacar cuentas, y les habló de las maravillas del mundo no solo hasta donde le alcanzaban sus conocimientos, sino forzando a extremos increíbles los límites de su imaginación. Fue así como los niños terminaron por aprender que en el extremo meridional del África había hombres tan inteligentes y pacíficos que su único entretenimiento era sentarse a pensar, y que era posible atravesar a pie el mar Egeo saltando de isla en isla hasta el puerto de Salónica. Aquellas alucinantes sesiones quedaron de tal modo impresas en la memoria de los niños, que muchos años más tarde, un segundo antes de que el oficial de los ejércitos regulares diera la orden de fuego al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía volvió a vivir la tibia tarde de marzo en que su padre interrumpió la lección de física, y se quedó fascinado, con la mano en el aire y los ojos inmóviles, oyendo a la distancia los pífanos y tambores y sonajas de los gitanos que una vez más llegaban a la aldea, pregonando el último y asombroso descubrimiento de los sabios de Memphis.

Gabriel García Márquez, *Cien años de soledad*, pp. 25-27

Un mundo empieza a adquirir conciencia de sí desde las historias que los padres cuentan a sus hijos. Así nos lo enseñó Aristóteles cuando dijo que también los amantes de los relatos, de los mitos, son amantes del saber, *philo-sophos*; así lo proclamó Walt Whitman cuando respondió en su prosa poética a un niño que le preguntaba por el significado de un puñado de hierba; esto fue lo que descubrió Jacques Rancière, cuando, intentando comprender lo que los obreros franceses enseñaban a sus hijos, se encontró con esa bella figura del “maestro ignorante” encarnada en un hombre singular: Joseph Jacotot.

Si he comenzado por ese trozo de *Cien años de soledad*, de García Márquez, es porque quiero hablar también de las maravillas y los horrores de quienes habitamos este pedazo de la tierra y sobre cómo hemos aprendido a vivir con ellas con un espíritu propio que bien raya en lo filosófico. Así como José Arcadio enseñó a los niños de Macondo, “con mapas inverosímiles y gráficos fabulosos”, a leer,

^(*) Profesor Titular Facultad de Filosofía Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá, Colombia).

escribir y hacer cuentas, así como les hizo sentir que en aprender a pensar puede haber gran entretenimiento y que bien podemos disfrutar desde niños de los descubrimientos asombrosos de sabios lejanos, así también quienes apostamos por una educación filosófica al estilo de “Filosofía con/para niños” lo hacemos porque no nos satisfacemos con que el mundo siga siendo como es, porque nos negamos a contarlo tal como se nos presenta y porque nos empeñamos en mostrar que son posibles otras narraciones.

Recuerdo que hace ya varios años, una noche en la ciudad de Quito, Eugenio Echeverría, aquí presente, después de haberle contado en un relato de unos cuantos minutos un cuadro de la violencia que vivíamos, me preguntó cómo era posible vivir en un país como Colombia. Mi respuesta, hoy como ayer, será siempre la misma: porque nos anima un inmenso poder de resistencia que se expresa en dos rasgos que se complementan en nosotros de mil formas: una voluntad de trabajar a cada instante, y hasta el último día, y un deseo irresistible de burlarnos de todo con un humor que es a la vez signo y remedio de nuestra propia tragedia.

Cuando el Prof. Víctor Rojas me sugirió el título para esta conferencia inaugural, “Filosofía con/para niños en la tierra de Macondo”, quedé atrapado por él sin poder moverme en otra dirección. Allí estaba lo que buscaba. En primer lugar, en el término mismo, “filosofía con/para niños”, se decía ya todo aquello en lo que he creído y por lo que he luchado por tantos años; y, sobre todo, mis convicciones más radicales: que la filosofía tiene un papel esencial en la formación del ciudadano democrático, que debe tomar cuerpo y carne en la educación pública y privada, que el niño puede ser concebido como un ciudadano-agente que lucha por transformar su mundo con inteligencia y creatividad; y que puede encontrar en la filosofía su herramienta más poderosa, para que, parafraseando a Marx -pero invirtiendo el sentido de lo que él mismo dijo-, nunca tenga que llegar a sustituir las armas de la crítica por la crítica de las armas. Pero, sobre todo, ese título me situaba en el espacio que siempre he querido habitar: el de lo que es a la vez real e imaginario. Macondo es en cierto modo un país real (es esta Colombia en que ahora nos encontramos, pero puede ser cualquier otro lugar del mundo, cualquier país, como el de alguno de los aquí presentes), pero es también esa tierra de los ensueños en donde la densa realidad supera día a día a la ficción y sus habitantes no dejan nunca de sorprenderse ante lo maravilloso e inevitable.

Lo que pretendo hacer a continuación no es más que una reflexión personal sobre lo que significa “Filosofía con/para niños” como proyecto, y como programa, de educación filosófica en un país como Colombia, signado por una búsqueda permanente de identidad cuando estamos a dos semanas de celebrar nuestros primeros doscientos años de independencia, por una historia de muchos años de violencia y guerras fratricidas y por la búsqueda, todavía reciente, de una paz que pareciera hacérsenos esquivar porque ha quedado depositada muchas veces en manos de los verdugos, más que de las víctimas, de más de doscientos años de violencia.

Lo haré sobre todo invocando algunos motivos, que considero muy profundos, que nos mueven en nuestro deseo por filosofar: la lucha por la libertad individual, el asombro ante una realidad que nos desborda, la necesidad de narrarnos desde lo que logramos ser con esperanza y dificultad, la búsqueda permanente de una identidad personal y colectiva. No lo haré como lo haría un cronista que da cuenta exacta de los hechos, ni como un científico que aporta pruebas y demostraciones para cada una de sus hipótesis; y, menos aún, como un vendedor de electrodomésticos, que promete garantía para cada una de las mercancías que vende. Lo haré, eso espero, siguiendo el mandato del poeta alemán Friedrich Hölderlin, como quien se propone vivir del único modo en que es posible vivir humanamente la propia vida: habitando poéticamente esta tierra en que vivimos.

Lo haré, pues, como lo hacen los poetas -y como deberíamos hacerlo cada vez más los filósofos-, recurriendo a historias de todo tipo, a esas historias a través de las cuales nos buscamos, y logramos encontrarnos, en nuestro deseo de ser y en nuestro esfuerzo por existir: narraciones reales y ficticias, de hombres y mujeres, de niños y adultos, de personajes históricos e inventados; historias propias y otras robadas a los demás en ese esfuerzo constante de todos por hallar un lenguaje en el cual expresarnos; pero, sobre todo, relatos que habrán de hablarnos de lo que queremos y buscamos (la libertad, la felicidad, el amor); y, sí, historias que nos remitan una y otra vez a lo que hoy nos convoca en este lugar: la idea de que el esfuerzo libre del pensar, la filosofía, nos compete a todos, más allá de cualquier barrera de edad, género, creencias o condición social que quisieran imponernos.

1. De la libertad individual y el derecho a la desobediencia

Empezaré por una historia que siempre me ha resultado inspiradora. Es de una niña de seis años, Viviana, y fue contada hace ya mucho tiempo por Alexander Neill, el fundador de la famosa escuela libertaria de Summerhill en Inglaterra, que se caracterizaba por ser una escuela gobernada por un consejo formado y elegido por los propios niños. No haré un resumen, sino que dejaré que sea el mismo Neill quien la cuente en sus propios términos:

En una ocasión, años atrás, el gobierno de la escuela dimitió, y nadie quería presentarse para ser elegido. Aproveché la ocasión para poner esta nota: “En ausencia de gobierno, me declaro dictador. ¡Viva Neill!”.

No tardaron en correr rumores. Por la tarde, Viviana, de seis años de edad, acudió a mí y me dijo:

- Neill, rompí un vidrio en el gimnasio.

La despedí diciéndole:

- No me molestes con pequeñeces como esa.

Y se fue. Volvió poco después, y dijo que había roto dos vidrios. Esta vez entré en curiosidad y le pregunté qué le sucedía.

- No me gustan los dictadores -dijo-, y no me gusta quedarme sin comida.

Después averigüé que la oposición a la dictadura había tratado de imponerse a la cocinera, quien inmediatamente cerró la cocina y se fue a su casa.

- Bueno -pregunté-. ¿Y qué vas a hacer ahora?

- Romper más cristales -dijo tercamente.

- Vete -le dije, y se fue.

Cuando volvió, anunció que había roto diecisiete vidrios.

- Pero no te preocupes -dijo seriamente-, voy a pagarlos.

- ¿Cómo?

- Con el dinero de mis domingos. ¿Cuánto tiempo me llevará?

Hice un cálculo rápido.

- Unos diez años -dije.

Pareció disgustada por un momento. Después vi cómo se le iluminaba la cara.

- ¡Caramba! -exclamó-. ¡Pero si no tengo que pagarlos!

- Pero... ¿y la regla sobre la propiedad privada? -le pregunté. Los vidrios son de mi propiedad.

- Ya lo sé, pero ahora no hay regla sobre la propiedad privada. No hay gobierno, y el gobierno es el que hace las reglas.

Quizá fue mi expresión la que la hizo añadir:

- Pero, de todos modos, los pagaré.

Pero no tuvo que pagarlos. Poco después di una conferencia en Londres y conté la historia, y al terminar la charla se me acercó un joven y me entregó un billete de una libra “para pagar los vidrios de aquel diablillo”. Dos años después Viviana todavía le hablaba a la gente de sus vidrios y del individuo que los había pagado:

- Debía ser un tonto terrible, porque nunca me había visto.

He citado esta misma historia en otras ocasiones como un signo de lo poderosa que puede ser la conciencia de la libertad incluso en un niño de seis años. Lo que quiero extraer de ella en el día de hoy es aún más radical. No se trata, como nos lo muestra Neill al final de su relato, de un acontecimiento ocasional, sino de una actitud ante la vida: la de no olvidar que siempre podemos decir “no”, y que precisamente en esta posibilidad que siempre tenemos de decir “no” radica nuestra libertad más fundamental.

La libertad no sería más que una bonita palabra si no nos fuera posible desobedecer ante lo que nos parece carente de razón. ¿Y qué hay más carente de razón que las dictaduras, sean estas las que impone un partido político, un gobierno escolar o incluso una institución social basada en la discriminación? La historia la han transformado quienes se atrevieron a decir “no”. Un día cualquiera, al terminar su jornada laboral en Montgomery (Alabama), y contraviniendo las leyes de la discriminación racial, Rosa Parks fue capaz de decir “no” cuando se le exigió que cediera su puesto en el bus a un joven blanco. Allí comenzó la lucha por los derechos civiles a comienzos de los años sesenta en los Estados Unidos; y, desde allí, se fue extendiendo por el mundo entero. ¿Recordaba acaso ese gesto grandioso de Henry David Thoreau cuando se negó a pagar los impuestos al gobierno de su país por haber emprendido una guerra injusta contra México?

El gesto de Viviana, que, en un acto de rebeldía, rompe unos vidrios para llamar la atención contra la imposición de una dictadura en su escuela podría entrar, sin duda, a formar parte de las gestas más reconocidas de la desobediencia civil. Lo que pretendo reivindicar no es, desde luego, el acto vandálico de romper vidrios, que no podría tener justificación más que en casos de tiranía prolongada y evidente, sino su negativa a aceptar la dictadura, a tratar con dictadores; y, sobre todo, su argumento radical: las reglas sociales, incluso las más básicas, como las referentes a la propiedad, empiezan a perder su sentido cuando no hay instituciones legítimas que las respalden. La libertad se gana mediante un gesto de rebeldía, pero solo se afirma por un ejercicio de razón.

Y es aquí donde “Filosofía con/para niños” adquiere todo su sentido. No porque pretenda que los niños deban ser rebeldes sin causa que actúan siguiendo sus impulsos más primarios, sino porque reivindica el derecho a pensar por nuestra propia cuenta como el derecho más fundamental, un derecho que, por cierto, lleva naturalmente aparejado el deber ineludible de actuar de forma razonable. Viviana hace lo que tendría que hacer cualquier persona razonable: dar razones, pedir razones y evaluar razones. Incluso un acto vandálico como el de romper vidrios podría resultar razonable cuando hay una razón poderosa para ello. Viviana reivindica que *existe* tal razón -la de oponerse tajantemente a la dictadura- y que ella debe primar. Y *pide*, entonces, razones al dictador, que solo le responde que no tiene tiempo para ocuparse de pequeñeces y que, de todos modos, debe pagar los vidrios que ha roto. Viviana *acepta* razones, pues nunca niega la responsabilidad de sus actos, no solo porque ha dado un motivo para hacerlos, sino porque se siente dispuesta a asumir las consecuencias. No niega la autoridad del dueño de la escuela, pero *evalúa* sus razones cuando pone en entredicho la legitimidad de los castigos de quien ha impuesto un orden simplemente por la fuerza.

Sé muy bien que Neill y Viviana no conocieron lo que se hace en las aulas y por fuera de ellas a partir de las muy diversas formas de trabajo que hoy existen en el mundo para trabajar en filosofía con y para niños. Estoy seguro, sin embargo, que estarían dispuestos a aplaudirlo, porque la libertad en la que todos creemos y a la que todos aspiramos, esa bendita posibilidad que tenemos los humanos de decir “no”, se desarrolla tanto mejor en cuanto somos capaces de hacer conscientes y públicas las razones que tenemos para desobedecer.

Sería más fácil, desde luego -y, sin duda tendría mejor prensa dentro de las visiones farisaicas de la ciudadanía tan en boga hoy, aquellas en las cuales el “buen ciudadano” es el que obedece todo lo que le mandan y cree mejorar su carácter simplemente por el cumplimiento de las normas-; sería más fácil, insisto, optar por el camino fácil de la obediencia que a todos satisface y que nos hace ciudadanos honorables. Lo que se propone desde la perspectiva de una educación filosófica es, sin embargo, mucho más incómodo: la idea de que el ciudadano del futuro es ante todo alguien siempre dispuesto a la *desobediencia razonable*. Dicha forma de desobediencia no constituye de modo alguno una amenaza para el orden moral o político, porque se da dentro del marco de un sentido de pertenencia insoslayable a la ciudad y al país en que nos formamos. Se trata de la desobediencia socrática, basada en el autoexamen. Sócrates no atentó contra el régimen ateniense -que, como todo régimen democrático, genera múltiples incertidumbres-, sino que incluso fue capaz de someterse a sus leyes e incluso a decisiones judiciales que pudieron ser injustas. Y, sin embargo, desobedeció a todos los que lo desafiaron para que dejara de ejercer su vocación filosófica en una ciudad que ya no tenía cómo responder a sus preguntas directas e incisivas, a sus reproches moderados pero firmes y a sus exhortaciones continuas a vivir una vida en donde la virtud estuviese por encima de la riqueza, de los honores y hasta de la propia vida.

Fue seguramente un gesto de rebeldía impotente, al menos ese fue mi caso, el que despertó en muchos de nosotros la pasión por el filosofar; y fue, tal vez, un gesto que se venía configurando inconscientemente en nosotros desde los años de la infancia. Fue, sin embargo, necesario que ese impulso primero se fuera atemperando a través de la práctica del preguntar continuo, y fue también esto último lo que nos fue acercando poco a poco a lo que buscábamos: del gesto de rebeldía pasamos a la búsqueda del sentido; y entonces nos situamos ya en el terreno puro del filosofar. Nótese que no he nombrado a la verdad, que me parece un ideal más científico que filosófico. La búsqueda y construcción de significado para nuestra experiencia presente es no solo uno de los objetivos básicos del filosofar con y para niños tal como lo imaginó en su momento Matthew Lipman, sino la tarea más fundamental que se propone aquel que quiere vivir una vida filosófica, pues esta -la vida filosófica-, lejos de ser una forma segura y cierta de existir, es un intento por vivir siempre de camino y en continua revisión, sin más certidumbres que aquellas que nos ofrece la búsqueda constante. Una vida filosófica solo se entiende como una lucha por el sentido.

2. La lucha por el sentido comienza en el asombro

Permítanme volver ahora sobre un acontecimiento reciente que marcó de un modo fundamental la vida de los colombianos en el último tiempo: el plebiscito realizado el 2 de octubre del año 2016. El 26 de septiembre de ese mismo año se había celebrado en Cartagena de Indias, con toda la pompa que la ocasión merecía (presencia de varios jefes de Estado, del Secretario General de Naciones Unidas, de los negociadores de las dos partes del proceso de paz en La Habana, de representantes de las víctimas y de todo tipo de invitados nacionales e internacionales), la firma del acuerdo final para la terminación de la guerra y el logro de una paz estable y duradera entre el gobierno de Colombia y el grupo guerrillero más antiguo y uno de los más poderosos del mundo: las FARC-EP.

Dicho acuerdo, tan deseado por tantos, no fue, sin embargo, refrendado por los ciudadanos de Colombia solo seis días después y ante el asombro de propios y extraños; por el contrario, ganó una campaña que invitaba a votar por el NO a la paz que, como era evidente desde el principio y se confirmó pocos días después por parte de su propio coordinador, estuvo basada en mentiras, en la manipulación de la información y en la promoción de los odios y miedos más irracionales. Paradójicamente los vencedores salieron al día siguiente a defender en sus contenidos fundamentales los acuerdos que hasta el día anterior habían rechazado de forma absoluta y a decir que, ahora sí y con unas pocas modificaciones que ellos propondrían, el camino de la paz estaba asegurado; no faltó incluso quienes hicieran propuestas para mejorar los acuerdos que ya estaban consagradas en ellos, lo que mostraba, una vez más, que ni siquiera conocían lo que habían rechazado.

Mientras tanto los ciudadanos del común en muchas ciudades del país, incluso en aquellas en donde ganaron los partidarios del NO a la paz, nos volcamos a las calles para exigir a las partes en conflicto que el cese al fuego se mantuviera y el acuerdo de paz rechazado en las urnas se implementase por la vía de un acuerdo nacional en donde los partidarios del sí y el no encontrarán fórmulas que hicieran posible lo que una “mayoría” que no alcanzaba el 20% decidió rechazar sin prever siquiera las consecuencias de ello. Para completar todo este panorama -y mientras los enemigos más radicales de las FARC clamaban por su protección, estas parecían dispuestas a seguirle apostando a un proceso fracasado y el gobierno se debatía entre la derrota y la frustración-, el viernes en la mañana los colombianos nos despertábamos con la noticia de que, en Noruega, a miles de kilómetros de Colombia, el Comité de los Premios Nobel, acababa de otorgarle el Nobel de Paz de ese año al Presidente Juan Manuel Santos. Todos estos acontecimientos contradictorios y alucinantes que acabo de reseñar ocurrieron en apenas diez días.

¿Había alguien que pudiera comprender en medio de tanta confusión? ¿No era todo esto un gran galimatías? Los colombianos quedamos perplejos. Buscábamos sentido en medio de tanta confusión y entonces un pasaje suelto de *Cien años de soledad* empezó a circular a través de las cadenas de Whatsapp y todos lo leíamos con avidez porque parecía como si García Márquez hubiera previsto esa circunstancia. Se trataba de un pasaje del capítulo XII de esta magna obra que cuenta lo siguiente:

Deslumbrada por tantas y tan maravillosas invenciones, la gente de Macondo no sabía por dónde empezar a asombrarse. Se trasnochaban contemplando las pálidas bombillas eléctricas alimentadas por la planta que llevó Aureliano Triste en el segundo viaje del tren, y a cuyo obsesionante tumtum costó tiempo y trabajo acostumbrarse. Se indignaron con las imágenes vivas que el próspero comerciante don Bruno Crespi proyectaba en el teatro con taquillas de bocas de león, porque un personaje muerto y sepultado en una película, y por cuya desgracia se derramaron lágrimas de aflicción, reapareció vivo y convertido en árabe en la película siguiente. El público, que pagaba dos centavos para compartir las vicisitudes de los personajes, no pudo soportar aquella burla inaudita y rompió la silletería. El alcalde, a instancias de don Bruno Crespi, explicó mediante un bando que el cine era una máquina de ilusión que no merecía los desbordamientos pasionales del público. Ante la desalentadora explicación, muchos estimaron que habían sido víctimas de un nuevo y aparatoso asunto de gitanos, de modo que optaron por no volver al cine, considerando que ya tenían bastante con sus propias penas para llorar por fingidas desventuras de seres imaginarios. Algo semejante ocurrió con los gramófonos de cilindros que llevaron las alegres matronas de Francia en sustitución de los anticuados organillos, y que tan hondamente afectaron por un tiempo los intereses de la banda de músicos. Al principio, la curiosidad multiplicó la clientela de la calle prohibida, y hasta se supo de señoras respetables que se disfrazaron de villanos para observar de cerca la novedad del gramófono, pero tanto y de tan cerca lo observaron que muy pronto llegaron a la conclusión de

que no era un molino de sortilegio, como todos pensaban y como las matronas decían, sino un truco mecánico que no podía compararse con algo tan conmovedor tan humano y tan lleno de verdad cotidiana como una banda de músicos. Fue una desilusión tan grave que, cuando los gramófonos se popularizaron hasta el punto de que hubo uno en cada casa, todavía no se les tuvo como objetos para entretenimiento de adultos sino como una cosa buena para que la destriparan los niños. En cambio, cuando alguien del pueblo tuvo oportunidad de comprobar la cruda realidad del teléfono instalado en la estación del ferrocarril, que a causa de la manivela se consideraba como una versión rudimentaria del gramófono, hasta los más incrédulos se desconcertaron. Era como si Dios hubiera resuelto poner a prueba toda capacidad de asombro, y mantuviera a los habitantes de Macondo en un permanente vaivén entre el alborozo y el desencanto, la duda y la revelación, hasta el extremo de que ya nadie podía saber a ciencia cierta dónde estaban los límites de la realidad. Era un intrincado frangollo de verdades y espejismos, que convulsionó de impaciencia al espectro de José Arcadio Buendía bajo el castaño y lo obligó a caminar por toda la casa aun a pleno día. Desde que el ferrocarril fue inaugurado oficialmente y empezó a llegar con regularidad los miércoles a las once, y se construyó la primitiva estación de madera con un escritorio, el teléfono y una ventanilla para vender los pasajes, se vieron por las calles de Macondo hombres y mujeres que fingían actitudes comunes y corrientes, pero que en realidad parecían gente de circo. En un pueblo escaldado por el escarmiento de los gitanos no había un buen porvenir para aquellos equilibristas del comercio ambulante que con igual desparpajo ofrecían una olla pitadora que un régimen de vida para la salvación del alma al séptimo día; pero entre los que se dejaban convencer por cansancio y los incautos de siempre, obtenían estupendos beneficios. Entre esas criaturas de farándula, con pantalones de montar y polainas, sombrero de corcho, espejuelos con armaduras de acero, ojos de topacio y pellejo de gallo fino, uno de tantos miércoles llegó a Macondo y almorzó en la casa el rechoncho y sonriente míster Herbert.

Puede parecer extraño, pero en este intrincado relato lleno de simbolismos empezamos a reconocernos con asombro los colombianos en momentos de tanta confusión. Pero ¿qué podía decir ante acontecimientos políticos tan complejos un pasaje de la más grande obra del realismo mágico? ¿Dónde descubrir y construir sentido en medio de tanta incertidumbre? Recuerdo el desaliento con que reaccionamos en esos días muchos de quienes formamos parte de la comunidad filosófica colombiana, pero recuerdo especialmente que pocos días después en un encuentro en Uniminuto en donde hablábamos sobre ciudadanía creativa invité a leer a los asistentes de nuevo este pasaje de García Márquez para que reflexionáramos sobre lo que ello podía significar en esa coyuntura de vida como ciudadanos. Después de leer dicho texto procedimos, casi de forma espontánea, a instaurar una comunidad de diálogo en la que empezamos a plantearnos preguntas a propósito de nuestra condición de ciudadanos y a buscar alternativas de sentido que fuesen novedosas y creativas. De allí surgieron preguntas muy fundamentales, reflexiones muy profundas y hasta algún escrito que intentaba reconstruir narrativamente la situación de ese nuevo Macondo en que nos habíamos convertido.

Hablar de “ciudadanía creativa” en un país como Colombia, eso fue lo primero que sentimos, resultaba muchas veces paradójico, inútil y hasta risible. A veces sentíamos la misma decepción que los habitantes de Macondo tuvieron ante el cine cuando vieron, a un personaje muerto y sepultado en una película, reaparecer vivo y convertido en árabe en una película posterior; y, como ellos, no nos consolaban las explicaciones fáciles de quienes se limitaban a decir que todo esto no era más que una máquina de ilusión que no ameritaba nuestros desbordamientos pasionales.

Era inevitable que, en tiempos de crisis e incertidumbre personal y política, nos viéramos obligados una y otra vez a preguntarnos quiénes éramos y qué pretendíamos ser en adelante. De inmediato, aparecieron entonces las preguntas de fondo: ¿quiénes éramos como ciudadanos?, ¿qué hacíamos allí sentados, mirándonos unos a otros e intentado descifrar el enigma de lo que significaba una ciudadanía creativa? ¿Seguiríamos siendo por siempre ese pueblo lleno de capacidades creativas que, sin embargo, se lo apuesta todo a la violencia? ¿Seguiríamos desperdiciando nuestra intuición creadora en una guerra fratricida? ¿Éramos acaso esas estirpes condenadas a cien años de soledad que ya no tendríamos otra oportunidad sobre la tierra? ¿Estábamos destinados a no poder superar nuestra propia historia en nombre de que nos decimos uno de los países más “felices” del planeta Tierra? ¿Seguiríamos matándonos por muchos años más por nuestras propias ansias de vivir? ¿Cómo hablar de ciudadanía creativa en medio de tanta confusión? ¿Cómo hablar siquiera de ciudadanía cuando, en un plebiscito que se convoca para decidir nuestro futuro y el de nuestros hijos, triunfa una campaña basada en la mentira, el odio y la manipulación? ¿Cómo hablar incluso de democracia cuando se consagran como legítimos los medios más profundamente antidemocráticos? Y, a todas estas, ¿dónde estaban, dónde estábamos, los ciudadanos? Tan acostumbrados hemos estado a suponer que la historia la construyen las élites intelectuales y políticas que nos parecía natural que así fuera.

Me preguntaba entonces, y me pregunto ahora, cómo construir una ciudadanía creativa. Debo decir que no tengo una respuesta política que ofrecer en el sentido de un plan concreto de acción. Mi respuesta, como lo dije desde el comienzo, es filosófica y poética: solo creo en lo que surja de la capacidad imaginativa de los propios ciudadanos. Como bien lo dijo alguna vez Matthew Lipman, ¡hay que desprofesionalizar la imaginación! La imaginación, en una sociedad democrática, no puede ser un asunto de expertos.

Y este tal vez sea uno de los poderes mayores del trabajo filosófico con los niños: el de permitirles que reconstruyan su mundo a través de un proceso de reflexión filosófica que concluye en la escritura como el más poderoso medio de formación del pensamiento. Lo que hace Lipman, en *Suki* y muchas otras novelas filosóficas, es ofrecernos una serie de posibilidades creativas que surgen de la entraña misma de la reflexión filosófica y que apuntan a dotar a los niños y jóvenes de esa herramienta vital más fundamental a través de la cual podemos representarnos el mundo en nuestra mente: la escritura. Como en muchas otras ocasiones, aquella vez pedí a quienes me acompañaban en mi reflexión sobre la ciudadanía creativa a partir de ese pasaje de *Cien años de soledad* que, aplicando algunas técnicas de Rodari y del propio Lipman, reescribiéramos ese texto garciamarquiano en las circunstancias que vivíamos en el momento. Este fue el texto que yo mismo escribí entonces:

Deslumbrados por tantos y tan paradójicos acontecimientos, los habitantes de este Macondo en que hoy vivimos no sabemos si llorar o reír, si asombrarnos o deprimirnos, si renunciar para siempre a vivir en armonía o empeñarnos tozudamente en perseguir un sueño imposible. Nos extasiamos aquella noche del veintiséis de septiembre contemplando a través de la televisión esa imagen donde hombres de diversas razas y naciones, todos vestidos de blanco, se reunían para aplaudir la firma de un documento que prometía lo que hasta entonces parecía imposible. Pero a esta imagen primera se sobrepuso pocos días después una nueva imagen, esta sí terrible y sobrecogedora: la de un NO que parecía surgir de la nada para imponerse como realidad incontestable. Muchos nos sentimos engañados cuando vimos aparecer un espectro que no estaba en los libretos, pues era como si un fantasma que creíamos disipado hubiera cobrado nueva vida ante nuestros ojos y se nos presentara ahora, en el momento menos esperado, de cuerpo entero. No fueron suficientes las palabras consoladoras de unos y otros -los del sí y los del no, los del tal

vez y los del “me importa un...”- para evitar que nos sumergiéramos en el sopor de la desesperación. Todo resultaba ser un nuevo engaño de aquellos nuevos gitanos, que, como los del viejo Macondo, ayer nos vendían impunidad y hoy nos reclamaban por habérsela comprado. Lo que vino en los días siguientes (parecía como si el mundo hubiese desaparecido de un momento a otro y nos lo hubiesen cambiado por una serie de imágenes fugaces) fue otra vez una imagen proveniente del viejo Macondo en que pululaban los vendedores de todo tipo de especies: traficantes de ideas cavernarias, payasos de circo pobre que igual venden las entradas, dicen tonterías y hacen de trapevistas, buhoneros que ofrecen todo tipo de artefactos a la vez inútiles y ociosos. En medio de todo este espectáculo circense empezaba a perfilarse una nueva imagen, otra más: la de largas filas de personas que se desplazaban por las calles, unas para reclamar el sueño que unos días antes habían rechazado como si fuera una pesadilla, otras para decir que su No en realidad quería decir Sí, y unas terceras para manifestar que deseaban una paz que tal vez no se merecían. La última imagen llegó de muy lejos, de otro lado del planeta, en la madrugada y de una forma inesperada. Traía el nombre del inventor de la dinamita y su detonación parecía traer una nueva esperanza. ¿Es este nuevo Macondo algo más que un escenario en donde se suceden, una tras otra, imágenes discordantes? ¿Es esta realidad un simple sueño o es este sueño una pesadilla de un dios que nos mira desde lo alto? ¿O es que simplemente seguimos siendo el mismo viejo Macondo, pues no hay uno nuevo, lleno por todas partes de todo tipo de cacharros y sin otra realidad que la de sus propios espejismos?

En todo ejercicio de escritura hay una búsqueda de sentido. Por ello son tan connaturales la filosofía y la escritura: porque nacen de nuestra capacidad de asombro, pero solo se entienden como parte esencial de nuestra lucha por descubrir y construir sentido para todo lo que somos, hacemos, sentimos y pensamos. Una y otra son parte esencial de nuestro esfuerzo por inventarnos de modo diferente cada día. Y quiero dar a este verbo, *inventar*, toda la fuerza que suele darle mi amigo Walter Kohan. Siempre recuerdo ese bello verso de Manoel de Barros que él cita tan frecuentemente: “Todo lo que no invento es falso”. El ciudadano creativo tiene que ser un inventor, es decir, alguien que construye en la imaginación y materializa en la realidad nuevos objetos e instrumentos a través de los cuales surgen nuevas ideas, nuevos sueños y nuevas acciones.

Y, sobre todo, el ciudadano creativo tiene que ser alguien que vaya más allá de su propia indignación. La indignación es una respuesta primera y necesaria, pero siempre insuficiente. No basta con la declaración grandilocuente de principios ni con la defensa a ultranza de los intereses o puntos de vista propios. Es el momento de construir sobre el reconocimiento de que puede haber algo legítimo y valioso en los puntos de vista que creemos equivocados. Un ideal social tan trascendental como la paz supone movernos desde nuestras convicciones más arraigadas hacia una posición falibilista en donde podamos reconocer que estábamos equivocados. Una auténtica invención supone ensayar una y otra vez las posibilidades que previamente habíamos abandonado, pues las situaciones son cambiantes y los puntos de vista que creíamos superados adquieren nuevos sentidos en nuevas circunstancias.

Vivimos en Macondo, y por ello nunca dejaremos de asombrarnos. Pero, si allí comienza todo, allí no termina. Del asombro nacen las preguntas; y, de la exploración cuidadosa de estas, surgen posibles respuestas que, examinadas una y otra vez, se van decantando en conceptos que guían nuestra vida. Del asombro a la pregunta y al concepto. Así se ha visto la filosofía por muchos siglos. Pero los conceptos tienden a cerrarse, a repetirse, a anquilosarse, a hacerse viejos si no hay quien se atreva a contarlos a los niños en poderosas narraciones. Si hay algo en que los que creemos en la posibilidad y necesidad de hacer filosofía con y para niños nos diferenciamos radicalmente de los filósofos puramente académicos es

precisamente en la necesidad de que la filosofía sea narrativa. Todos venimos del mismo mundo denso y misterioso de los grandes sistemas de pensamiento; y, sin embargo, no podemos dejar de meternos en las mentes de los niños para desde allí narrarnos a nosotros mismos nuestros propios pensamientos.

3. La necesidad de narrarnos para dar cuenta de lo que somos y queremos ser

Pido disculpas de antemano porque buena parte de lo que contaré a continuación tiene un tono autobiográfico. No lo hago como una forma de exaltar mis virtudes o logros, sino como un esfuerzo de autocomprensión y, sobre todo, como un testimonio personal de cómo el hacer filosofía con y para niños transforma el alma filosófica de alguien cuya única aspiración en la vida ha sido la de ser un buen padre y profesor.

Empezaré por contar, entonces, lo que fue mi primer contacto con el programa “Filosofía para niños” de Matthew Lipman y Ann Margaret Sharp. Lo recuerdo con claridad. Era el 9 de agosto de 1991 y acababa de llegar a una casa de retiros en Mendham, un pequeño pueblo de New Jersey, en donde ellos solían reunir a filósofos y educadores de diversas partes del mundo para compartir, a lo largo de quince días, el trabajo que habían construido por ya casi veinte años. Después de compartir nuestra primera comida, empezamos el trabajo con las novelas de Lipman. Leímos, para empezar, el capítulo primero de *Pixie* y me quedé atrapado en esa bella escena en que ella, a propósito del hecho de que se le duerme un brazo, empieza a hacerse una serie de preguntas maravillosas sobre la relación que tiene con su cuerpo.

“¿Cuál es la relación que existe entre nuestro yo y nuestro cuerpo?” preguntó entonces un profesor de Kenya que se había sentado a mi lado. De inmediato no solo me identifiqué con la pregunta que él hacía, sino que entendí que la filosofía no era en lo fundamental más que lo que allí estaba ocurriendo: que personas provenientes de los cinco continentes nos encontrásemos en aquel lugar, muy lejano para muchos de nosotros, para volvernos a hacer esas preguntas que dan un sentido profundo a nuestras vidas y que muchas veces nos resulta imposible plantearnos en la rutina diaria del trabajo y el esfuerzo por la sobrevivencia.

El relato que había construido Lipman me resultaba fascinante, y me sigue resultando fascinante siempre que lo leo una y otra vez. Recuerdo especialmente el día que lo leímos junto con un grupo de niños de uno de los barrios más pobres de la ciudad de Cartagena que, ayudados por los miembros del “Teatro del cuerpo”, se enfrentaban a realidades tan duras como las diversas formas de abuso nacidas del turismo sexual, y lo hacían luchando por resignificar sus cuerpos a partir del trabajo teatral. ¿Puede uno sentir que una parte del cuerpo no le pertenece? ¿Qué pasa cuando uno vende su cuerpo? ¿Deja de pertenecerle? Cuando eso ocurre, ¿seguimos siendo nosotros mismos? ¿O acaso empezamos a vivir en un cuerpo ajeno? Eran preguntas que se hacían ellos mismos y que no habían surgido de lección alguna, sino solo del modo como, desde su experiencia de difícil relación consigo mismos y con sus propios cuerpos, amenazados por el tráfico sexual de una gran ciudad turística, entendían ellos lo que decía esa niña universal que era Pixie: una simple ficción, un personaje, una figura del pensamiento, una invención filosófica.

Ya venía intentándolo desde tiempo atrás cuando, para mi propia comprensión, reescribí la historia de la filosofía representada en personajes de un imaginario pueblo colombiano. Pero la narración de Lipman me deslumbró y se me hizo propia, pues a través de ella empecé a descubrir la filosofía de otra manera. No solo era que el relato me resultaba sugerente, y fascinantes las preguntas que suscitaba, sino que ahora empezaba a ver la filosofía encarnada, hecha cuerpo e individuo en personajes que eran niños

como mis propios hijos, o como lo fui yo mismo alguna vez, y como siempre he aspirado a serlo en un presente eterno.

Puedo decir que esa noche asistí a una gran transfiguración: aquella noche y en aquel lugar la filosofía adquirió para mí rostro, y empezó a generar nuevas percepciones. Los pensamientos tendrían que adquirir ahora cualidades sensibles: tendrían colores, sonidos, sabores, olores, texturas. Puedo decir que, desde aquel momento, me soñé muchas veces no solo con Pixie, sino con Harry, Marcos, Elisa o Susy, pues me pasé años enteros intentando traducir y comprender cada una de sus palabras e interpretando cada uno de sus gestos.

Dedicué muchos años a traducir las novelas y libros de Matthew Lipman, y no solo porque estaba adaptando el material que se requería para trabajar en las aulas de nuestro país, sino por una necesidad más fundamental: la de *narrarme a mí mismo* el modo como me había constituido. En las historias de todos estos personajes encontraba no solo preguntas que alimentaban una y otra vez mi deseo de filosofar por cuenta propia, sino sobre todo rastros de mi propia infancia perdida. De nuevo: la filosofía es siempre un esfuerzo, una lucha, por encontrar y aportar sentido a lo que somos y hacemos.

En las largas noches en que me enfrentaba a las historias de Lipman y me entregaba a dialogar con sus personajes, en que me empeñaba en extraerles los significados más recónditos, no olvidaba ni por un momento que lo que allí realizaba era también algo que tenía el sentido de una vocación. Toda vocación tiene al menos tres dimensiones fundamentales: *llamado, misión y servicio*. Desde que tuve mi primer contacto con la filosofía, cuando tenía más o menos doce años, tuve la sospecha que había allí una voz que, a la manera del *daimon* socrático, no me dejaba vivir tranquilo. Una vez decidí asumir ese llamado comprendí poco a poco que solo tenía sentido asumirlo si era posible encontrar en él una tarea propia; mi cercanía con los niños -primero como profesor por unos años en una escuela pública y luego con mis hijos y con los niños de una pequeña población rural cercana a la ciudad de Bogotá- fueron alentando en mí el sentido de que mi misión estaba en encontrar ese camino por el cual pudiera devolver a los más pequeños esa voz filosófica que la propia tradición de la filosofía se había empeñado en arrebatarles. Pero no hay llamado ni misión sin servicio. Sócrates lo entendió cuando supo que una vida filosófica solo tendría sentido por el servicio que presta a sus conciudadanos. Yo lo fui comprendiendo a medida que entendía que lo que hacía tendría significado para otros y, sobre todo, que encontraba educadores que compartían mis inquietudes y desvelos. Aprendí a traducir un pensamiento y poco a poco fui encontrando el auditorio al que pretendía dirigirme y con el que quería interactuar.

Paso a paso fui entendiendo más claramente mi propia misión: se trataba de construir una nueva narrativa, y específicamente una narrativa filosófica abierta y en diálogo con los niños, con sus modos de representarse y concebir el mundo. Ahora entendía lo que había hecho Lipman y comprendía que debería hacer algo semejante, pero en otro contexto. Lipman había construido narrativamente la filosofía, había encarnado los pensamientos de los grandes filósofos en personajes que pudieran interactuar con los niños y jóvenes de su país y, con ello, había dado a los niños un lenguaje para que empezaran a explorar el mundo filosóficamente. A mí me correspondía, en otro lugar y en otro tiempo, un esfuerzo semejante. Pero ¿cómo hacerlo?

Pasé muchos años, ya lo dije, traduciendo a Lipman. Aparentemente era un trabajo ocioso, pues ya existían otras traducciones. Sin embargo, no lo era para mí. La traducción de una lengua que nos es ajena es también un trabajo de escucha, comprensión e interpretación. Se debe escuchar mucho tiempo para adquirir una voz propia. Y esa voz llega de repente...

Recuerdo también con suma claridad la vez que escribí mi primer cuento filosófico. Casi nunca trabajo de noche, pero esa vez estaba decidido a no fracasar en el intento. Dormí varias horas en la tarde y, hacia las siete de la noche, en el retiro y el silencio, y después de familiarizarme durante mucho tiempo con los textos en que Aristóteles exploraba el sentido de una virtud ética fundamental como la valentía, me senté ante el computador para enfrentar el fantasma del miedo. Recientemente el acontecimiento que había sido la base de todos los miedos de mi infancia, la muerte de mi padre, se había consumado finalmente. Mi imaginación me transportó hacia el viejo hospital en que mi hermano menor me comunicaba la fatal noticia. Allí me encontré el personaje que había ido a buscar: un pequeño amigo imaginario, Santi, que no soportó la necesidad de llorar cuando vio entrar a su madre a la sala de operaciones a causa de una apendicitis. Aunque intentaba consolarlo, lo que en verdad me tenía atrapado eran sus reflexiones y preguntas. Primero tuve que interactuar con él como su hermano mayor que pretende aconsejarlo, pero la fortaleza de sus razones desbordaba mis buenas intenciones. Luego hube de abordarlo como su padre y resistir la fuerza de sus preguntas devastadoras, semejantes a las socráticas: ¿qué es ser valiente?, ¿acaso si lloro no soy valiente?, ¿se puede llorar de pura valentía? Santi me enseñó aquella noche que la valentía no es otra cosa que esa capacidad que tenemos para hacer aquello que creemos que debemos hacer a pesar de todos nuestros temores (y a lo mejor hasta movidos por ellos); y, sobre todo, que el miedo no es otra cosa que esa señal que nos ofrece nuestro cuerpo de que hay un mal latente que puede hacernos daño. El resultado de este diálogo imaginario con Santi fue el cuento *El miedo es para los valientes*, que luego dio lugar a una serie de cuentos filosóficos dirigidos a explorar con niños entre 6 y 12 años problemas éticos diversos.

Permítanme que cuente ahora una última historia antes de salir de este excursión autobiográfico. Una noche muy oscura y fría, y ya un poco tarde, iba de camino hacia mi casa fuera de Bogotá cuando me detuvo un soldado del ejército colombiano que patrullaba el área, poco tiempo después de una toma guerrillera de la población en que vivía. Sus modales no fueron los mejores: me requisó bruscamente, me exigió todo tipo de documentos y me habló de forma desafiante. Cuando me hizo abrir el carro en que me movilizaba se encontró con que en el asiento de atrás había un librito cuyo título retuvo su atención: *El miedo es para los valientes*. Desde ese instante su actitud cambió por completo y me pidió que le vendiera aquel extraño libro. Le dije que no tenía problema en regalárselo. Su sorpresa fue mayor cuando volvió a mirar mis documentos y los comparó con el nombre del autor del libro. “Usted no pudo escribir eso”, me dijo entonces. No reparé mucho en su observación, sino que, más bien, le pregunté por qué a él le interesaba un libro que lo que contenía era una serie de cuentos filosóficos escritos para niños. Su respuesta fue más o menos la siguiente: “Soy un soldado especializado en la lucha antiguerrilla. He combatido por más de diez años a la guerrilla en los montes más recónditos de este país. Nunca he tenido mayores dificultades. Ni siquiera me han herido. Pero nunca he dejado de tener miedo. Lo siento a cada instante. El comandante de mi batallón me dice todos los días que no debo sentir miedo, porque, si tengo miedo, no soy valiente... y un soldado de la patria tiene que ser valiente siempre. Tal vez sea cierto, pero yo sigo teniendo miedo. Lo he comentado con otros soldados, y a ellos les ocurre algo semejante. Cuando leí el título de su libro sentí como si hubiera sido escrito para mí. Ahora sé que soy valiente precisamente porque siento miedo... y porque hago lo que debo hacer a pesar de todo el miedo que tenga”.

Nunca más supe qué ocurrió con aquel soldado. Me prometió que leería esa historia con sus compañeros de batallón. Pero, de todos modos, me conmovió profundamente. Y la razón tal vez sea una sola: porque la simple confrontación con una creencia elemental, como aquella de que ser valientes es no sentir miedo, tal vez tenga más valor filosófico que muchos tratados académicos. Ahora que leo con profundo interés los textos del estoico Epicteto, ese esclavo romano que llegó a convertirse en el mayor filósofo de su época, entiendo cada vez más que la filosofía, más allá de un conjunto de doctrinas, es el

esfuerzo por asimilar un modo de vida que nos haga vivir una vida mejor, no porque sea más fácil, sino porque puede ser más plena de sentido.

4. El forjamiento de una identidad personal y colectiva

Permítanme volver ahora sobre mi punto de partida: la libertad como la posibilidad y el acto de decir “no”. Se trata de algo esencial, pero incompleto. Nuestra libertad es la posibilidad absoluta de poder elegir lo que queremos ser, aunque no sea la posibilidad de serlo. Es esa posibilidad maravillosa que tenemos de elegir nuestras cadenas. Esta elección es también esencial: necesitamos decidir a qué queremos atarnos, con qué nos comprometemos. Necesitamos poder decir “sí”. Y, si la libertad es la posibilidad de decir “no”, el amor es la necesidad de decir “sí”: sí quiero, sí me comprometo, sí me juego la vida por algo en lo que creo. Cada día somos más sensibles a la libertad, al “no”, a la ausencia de todo compromiso, a la provisionalidad absoluta; y cada día también nos cuesta más decirle “sí” a otra persona, decirle “sí” a un proyecto de vida en común con otro u otros, a una sociedad y un país que esperan nuestro compromiso para luchar contra las más diversas formas de desigualdad, discriminación e injusticia.

En cierto modo es comprensible que así sea: decir “no” nos libera, decir “sí” nos compromete; y siempre es más placentero lo primero que lo segundo. Pero, si la libertad empieza en el primer gesto de rebeldía, el amor exige un compromiso con otros concretos, con personas específicas, un compromiso que, además, tiene que renovarse día a día. Así como la libertad nunca se consigue de forma absoluta, sino que vivimos de la necesidad de liberarnos de algo todos los días, así el amor se construye con todos aquellos actos cotidianos en que podemos reconocernos en otros; y no solo en otros cercanos o próximos, sino en otros con los que compartimos una historia común: los demás ciudadanos con que nos encontramos día a día en las calles de la ciudad en que vivimos, del colegio o universidad que frecuentamos, del barrio en que nos reunimos para afrontar nuestras dificultades comunes.

El amor -y me refiero con ello no solo a la relación sentimental que puede haber entre dos personas, sino al sentimiento que me une con otros que comparten mis fragilidades, deseos y luchas-, ese modo de amor que los antiguos griegos llamaron *philia*, y que se refiere a toda forma de relación posible entre dos personas que reconocen que entre ellas existen lazos comunes, eso que en los términos de hoy podríamos llamar el amor ciudadano, solo es posible porque nos sabemos parte de una historia común, porque compartimos con otros un pasado, vivimos juntos un presente y soñamos con un futuro mejor.

Toda historia que se cuenta responde a un intento por identificarnos con algo. Detrás de cada narración, de cada obra artística, de todo concepto filosófico, está la búsqueda de una identidad personal y colectiva. La filosofía misma, como el arte y la religión, no se pueden comprender -si le creemos en ello a Hegel- sino como el esfuerzo de un pueblo por adquirir la más elevada conciencia de sí mismo. Trabajar en el desarrollo de una cultura filosófica es trabajar porque los ciudadanos de aquel pedazo de tierra que habitamos puedan adquirir una más elevada conciencia y valoración de sí mismos como personas y un más profundo compromiso como ciudadanos democráticos comprometidos con el desarrollo del pensamiento crítico y la capacidad creativa en las tareas con que a diario se enfrentan.

Si creo profundamente en lo que se hace cuando se trabaja filosóficamente con los niños es porque creo que la labor transformadora de la filosofía tiene que llegar a hacerse una parte integral de una cultura que ha de ser cada día más sensata y razonable. Este esfuerzo por crear una sociedad más justa y sabia no es, sin embargo, la simple suma de esfuerzos individuales. Tiene que haber fuerzas que aglutinen a un pueblo, que le ayuden a tomar conciencia de sí mismo, que le ayuden a ver en el horizonte el sentido de su misión y su destino. Tales fuerzas no provienen de los políticos, que nos dividen por tendencias

ideológicas y nos enfrentar por sus mezquinos intereses de partido. Solo pueden provenir de los poetas. Cuando Platón dijo que Homero fue el verdadero educador del pueblo griego no quiso significar solamente el hecho de que los griegos adquirieron una cultura propia en la lectura y recitación de los poemas homéricos; quiso decir mucho más: que solo los grandes poetas tienen la capacidad de aglutinar a un pueblo a través no solo de la creación de un lenguaje común o del canto de las hazañas de sus héroes, sino sobre todo de su inmensa capacidad para identificarse consigo mismos, para construir una identidad propia, personal y colectiva. ¿Podría alguien contarnos la historia griega sin Homero, la de Roma sin Virgilio, la de Italia sin Dante o Petrarca, la de los Estados Unidos sin Walt Whitman, o la de España sin Góngora, Quevedo, García Lorca o Miguel Hernández?

Hay un texto muy poco conocido de Matthew Lipman, al menos para los que somos de habla hispana, pues, hasta donde sé, no fue traducido nunca al castellano: se trata del prefacio que escribe a su libro *La filosofía en el salón de clases* (en inglés *Philosophy in the Classroom*). En este bello texto, para dar cuenta del sentido que puede tener la filosofía como un nuevo elemento de la educación básica, nos retrotrae a lo que fue el origen de la filosofía entre los antiguos griegos. Allí, en un tono semejante al de Hegel, nos habla Lipman de cómo el nacimiento de la filosofía es solidario con el proceso de búsqueda de una identidad personal y colectiva por parte de ciudadanos que quieren hacerse cada vez más conscientes del valor de la razonabilidad como un ideal de vida en comunidad. Dice Lipman:

[...] cuando la filosofía emergió en la antigua Grecia, hacia el siglo VI AJC, no lo hizo brotando de repente del azul Mediterráneo. El desarrollo de sociedades de criaturas que razonan [...] ha sido un largo proceso, que no debería ser medido en términos de miles, sino de millones de años. Los seres humanos se hicieron civilizados en cuanto llegaron a ser razonables; y que un animal haya comenzado a razonar y que haya aprendido a mejorar su razonamiento representó un largo y lento proceso. [...] Lo que ocurrió en el siglo VI AJC fue que el pensamiento se volvió sobre sí mismo, que la gente comenzó a pensar acerca del pensamiento; y este evento memorable, que fue la culminación de un largo proceso que apuntaba en esa dirección, constituyó en efecto el nacimiento de la filosofía.

Ahora bien, lo que los antiguos griegos reconocieron es en buena parte lo mismo que muchos profesores y administradores escolares están empezando a comprender hoy: que precisamente, como el perfeccionamiento del proceso del pensamiento culmina con la filosofía, así también es la filosofía, *par excellence*, el más fino instrumento entre los ya inventados para lograr el perfeccionamiento de los procesos de pensamiento (Lipman, 1980, p. xi).

Que la filosofía empiece a ser un patrimonio de todos, sin diferencias de clase, género, edad o condición social -un acontecimiento al que nos acercamos hoy más que nunca antes-, y sobre todo el hecho mismo de que los niños de este naciente siglo empiecen a percibir como suyo el ejercicio filosófico equivale, en cierto sentido, a un nuevo nacimiento de la filosofía. Lipman nos recuerda a este respecto que en sus comienzos la filosofía encontró como vehículos de expresión modos de escritura que estaban muy lejos del posterior tratado académico, como el fragmento, el aforismo, el poema o el diálogo; y que, por tanto, estos modos de expresión podrían recuperarse como medios a través de los cuales los niños, como ciudadanos-agentes, puedan expresar sus pensamientos nacentes y vayan adquiriendo aquella conciencia e identidad que de ellos espera una sociedad democrática.

Estamos nuevamente, de este modo, ante la necesidad de narrarnos; y otra vez tenemos que recurrir al auxilio de los poetas. Así como Homero y los poetas trágicos dieron al pueblo griego narraciones con las pudieran comprenderse mejor a sí mismos como individuos y como pueblos, corresponde a los filósofos y poetas del futuro narrar de modos novedosos aquello que pensamos y

sentimos como habitantes de este mundo en que vivimos. Subraya Lipman el hecho de que los poemas homéricos le ofrecieron a los antiguos griegos una narración imparcial y desapasionada de sus acontecimientos fundamentales (guerras, viajes de sus héroes, conflictos entre sus dioses, etc.) que ayudaron a forjar una identidad común; que los poetas trágicos del siglo V AJC (Esquilo, Sófocles y Eurípides) les plantearon muchos de los interrogantes vitales más profundos, entre ellos los múltiples dilemas éticos en que luego profundizarían los filósofos; y que los filósofos presocráticos plantearon las preguntas claves para la comprensión del orden existente en la naturaleza; y, sobre todo, que, de este modo, el esfuerzo de los filósofos fue el de procurar una síntesis intelectual que fuese a la vez filosófico, científico y estético. “Cuando la filosofía finalmente hizo su aparición -dice Lipman-, ello constituyó un acontecimiento que fue a la vez filosófico por su originalidad y autonomía, científico por su interés en proponer afirmaciones acerca de la naturaleza de las cosas y artístico por su modo de presentación” (Lipman, 1980, p. xiii).

Tal vez no deberíamos perder de vista esta inspiración lipmaniana según la cual la filosofía, incluso la que hagamos con niños -yo diría: sobre todo la que hagamos con niños-, no debe estar desligada de nuestra búsqueda insaciable de una identidad personal y colectiva y, por tanto, debe estar profundamente vinculada tanto a los mejores desarrollos de la ciencia de nuestro tiempo como a la tradición de las narraciones literarias en las que nos hemos formado y al interés por encontrar los modos de expresión más poderosos que hagan de nuestro pensamiento no solo algo formalmente bien estructurado, sino un producto naturalmente bello.

Pero, sobre todo, la filosofía -aquí y en cualquier parte, ahora o en cualquier otro momento de la historia- no puede nunca dejar de lado el legado socrático de las preguntas inteligentes, el pensamiento riguroso y la conversación reflexiva. A todos los que nos dedicamos a ella con auténtica pasión por la educación de las nuevas generaciones no se nos debería olvidar que llevamos entre manos un tesoro frágil, un modo de pensar y de vivir que nos ha sido transmitido a lo largo de los siglos y hoy se deposita en nuestras manos. Depende de nosotros el que ese tesoro frágil se conserve y enriquezca de la única manera sensata en que un tesoro se conserva y enriquece: compartiéndolo generosamente con otros. Concluyo, entonces, con las mismas palabras con las que Lipman concluía su prefacio hace ya casi cuarenta años:

Platón [...] aprendió de Sócrates, entre muchas otras cosas, que, si la vida de la filosofía es el diálogo, entonces la vida del filósofo está en aquello de ser a la vez profesor y aprendiz; y que, por tanto, la filosofía es tanto enseñanza como aprendizaje.

Ya desde la época de Platón, los esfuerzos por presentar la filosofía en una forma que, a la vez que conservara su autenticidad e integridad, fuera popularmente accesible han sido más bien pocos y han estado muy lejanos unos de otros. No obstante, deberíamos tomarnos en serio la experiencia de los griegos y aplicar sus enseñanzas a los problemas de nuestro tiempo. Nosotros también estamos en una sociedad que está tremendamente carente de filosofía, una sociedad amplia en conocimiento, pero corta en sabiduría. La filosofía les llega todavía a muy pocas personas e, incluso a estas, les llega con frecuencia demasiado tarde.

Pero la filosofía no se les debe introducir a las personas por la fuerza; ellas deben desearla. Y de algún modo deben ser motivadas para que la deseen; a lo mejor a través de los recursos literarios empleados por los griegos. El secreto de los griegos no fue que algún genio especial les hubiera sido conferido por la naturaleza a los niños y jóvenes atenienses del siglo V AJC; parece que fue, más bien, el feliz legado de Homero, cuya imparcialidad les dio a los griegos un sentido de la justicia, cuya ecuanimidad les dio un sentido de la objetividad y cuya honestidad les dio un sentido de la

verdad. Un pueblo que desea que sus nuevas generaciones lleguen a ser sabias no puede hacer nada mejor que crear un vasto repertorio de actividades artísticas en que tomen cuerpo aquellos valores que ellos persiguen y que esperan poder transmitir a la posteridad, de modo semejante a como la *Iliada* logró dar cuerpo a los valores más apreciados por las generaciones más viejas de los griegos. De una inmensa importancia dentro de este repertorio serán necesariamente una variedad de nuevos currículos que les ayuden a los niños y jóvenes a pensar por sí mismos, y que provoquen en ellos un crear, un decir y un hacer más imaginativos y reflexivos que el que hasta ahora se ha conseguido con cualquiera de nuestros currículos del pasado (Lipman, 1980, pp. xv-xvi).

Todos nacimos y hemos vivido siendo portadores de un legado que nos dejaron las generaciones que nos precedieron. Desde luego, no todo lo heredado es bueno por sí mismo; y, sobre todo, si hemos de ser amantes del saber, filósofos, no tenemos otro remedio que examinarlo todo antes de ofrecer nuestro consentimiento. Pero el examen filosófico supone gratitud con todos los que nos han precedido, con todos los que han ayudado a que nos forjemos una identidad personal y colectiva. Decía alguien que la gratitud es la memoria del corazón. Doy gracias a los que me permiten volver a vivir mi infancia, a los que me enseñaron a apreciar el tesoro insondable que hay en la sabiduría filosófica y, sobre todo, a quienes hicieron el milagro, que por siglos pareció imposible, de poner en conexión la filosofía con la infancia.

Muchas gracias a todos los presentes, y bienvenidos a esta tierra de Macondo donde también un día el amor por la sabiduría se construyó una casa.